

Vínculo, sensorialidad y movimiento en la constitución psíquica.

Aportes a la construcción de psiquismo en la clínica



EMA PONCE DE LEÓN¹

DOI: 10.36496/N143.A5

EMA PONCE DE LEÓN / ORCID: 0000-0001-5283-7134

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: ABRIL DE 2026

RESUMEN

Este artículo explora la constitución psíquica desde la intercorporalidad temprana, destacando el papel esencial del tono, el movimiento y la sensorialidad. Se acuña el concepto de *metapsicología corporeizada* como un retorno a la raíz corporal de la teoría freudiana, allí donde lo psíquico y la pulsión se gestan en el encuentro con el objeto. A partir de la experiencia clínica con niños que presentan fallas severas de simbolización, el trabajo postula que los procesos psíquicos primigenios emergen de la amalgama sensorial, motriz y tónico-emocional propia del vínculo madre-bebé. Para dar cuenta de este sustrato presimbólico, previo a la representación de cosa, se introduce el concepto de *protorrepresentaciones*. Esta teorización se articula con un abordaje clínico en coterapia (psicoanálisis y psicomotricidad), que privilegia el cuerpo y el movimiento. Se concluye que la recreación de esta matriz intercorporal en el vínculo terapéutico

¹ Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
ema.pdl@gmail.com

permite ligar afectos y transformar las «memorias corporales» derivadas de traumatismos precoces, relanzando así el proceso simbolizante. De este modo, la simbolización se define como una función intrínsecamente intersubjetiva y de base corporal.

DESCRIPTOR CANDIDATO: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA.

DESCRIPTORES: MATERIAL CLÍNICO / INTERDISCIPLINA / PSICOMOTRICISTA / YO CORPORAL / SIMBOLIZACIÓN / VIVENCIA DE SATISFACCIÓN / SENTIDOS / VÍNCULO.

ABSTRACT

This article explores psychic constitution from the perspective of early intercorporeality, highlighting the essential role of tone, movement, and sensoriality. The concept of «embodied meta-psychology» is coined as a return to the bodily roots of Freudian theory, at the point where the psyche and the drive are gestated through the encounter with the object. Based on clinical experience with children presenting severe deficits in symbolization, the paper posits that primal psychic processes emerge from the sensory, motor, and tonic-emotional amalgam inherent in the mother-infant bond. To account for this presymbolic substrate, prior to thing-presentations, the concept of «protorepresentations» is introduced. This theoretical framework is articulated alongside a clinical co-therapy approach (psychoanalysis and psychomotor therapy) that privileges the body and movement. The article concludes that recreating this intercorporeal matrix within the therapeutic bond allows for the binding of affects and the transformation of «bodily memories» stemming from early traumas, thereby relaunching the symbolizing process. Thus, symbolization is defined as an intrinsically intersubjective, body-based function.

CANDIDATE KEYWORD: PSYCHIC STRUCTURING.

KEYWORDS: CLINICAL MATERIAL / INTER-DISCIPLINE / PSYCHOMOTOR THERAPIST / BODY EGO / SYMBOLIZATION / SATISFACTION EXPERIENCE / SENSES / BOND.

*Dedico este texto en forma póstuma a Ricardo Bernardi,
tutor de mi tesis de doctorado, donde plasmé estas ideas.
Con gratitud a su generosidad, su capacidad de diálogo
y su libertad de pensamiento.*

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone mostrar la experiencia clínica con niños que presentan dificultades severas de simbolización con recursos muy precarios a nivel del lenguaje y el juego simbólico. Al mismo tiempo, se expondrá el desarrollo teórico que emerge y da soporte a lo que llamamos «clínica de construcción de psiquismo», que se corresponde con un escenario similar al de las primeras etapas de la vida y, por ello, privilegiado para la investigación de los procesos sutiles que transcurren en el trayecto del cuerpo al lenguaje.

El abordaje terapéutico propuesto favorece las experiencias corporales y sensoriomotrices, así como la movilización de emociones y afectos compartidos en el vínculo terapéutico. Consiste en un trabajo en coterapia de analista y psicomotricista, que integra la técnica y el *setting* de la psicomotricidad (espacio, materiales, uso activo de recursos no verbales y fina lectura corporal) con un posicionamiento clínico y una modalidad de intervención psicoanalíticas.

El trabajo clínico con estos pacientes enriqueció la reflexión sobre la importancia de lo sensorial y el movimiento en la constitución de lo psíquico, cuya materia prima surge de la intercorporalidad madre-bebé, en un vínculo que comienza a tejerse a partir del sustrato tónico-emocional y el contacto multisensorial. Bion (1992) habla de una anticipación corporal que hace posible la posterior función psíquica. Se trata de aspectos a los que los psicoanalistas no han dedicado tanta atención en la evolución del pensamiento psicoanalítico. Se parte del recorrido personal, que conduce a la integración interdisciplinaria en la clínica y en la teoría. En el marco de lo que proponemos denominar *metapsicología corporeizada*, se introduce un modelo para pensar los orígenes de la simbolización en

la amalgama del movimiento, la sensorialidad y el vínculo temprano. Se utilizará un material clínico para ilustrar la experiencia y las premisas teóricas que emergen de ella y la sustentan.

ANTECEDENTES

En el contexto del psicoanálisis de los 90, había un fuerte énfasis tanto teórico como clínico en el lenguaje verbal. Sin embargo, la clínica con niños graves y el contacto con otras disciplinas —especialmente, la psicomotricidad—, por medio del trabajo en equipos interdisciplinarios, nos condujo a interesarnos en lo que se muestra en el cuerpo somático (diferenciándolo del cuerpo representado), en la sensoriomotricidad y en el tono, en la búsqueda de otras herramientas teórico-clínicas para intervenir más eficazmente cuando faltan recursos simbólicos. Fueron experiencias fermentales de observación e investigación, que comenzaron en 1994, se plasmaron en presentaciones y artículos (Ponce de León, 2002) y culminaron en una tesis de doctorado (Ponce de León, 2016), cuyas hipótesis centrales serán desarrolladas en el presente trabajo.

Como se mencionó, la denominación «clínica de construcción de psiquismo» implica trabajar con los aspectos corporales más primarios de la interrelación inicial que conforma el vínculo cocreado entre madre y bebé. El concepto de *vínculo* es parte del bagaje conceptual utilizado, con apoyo en autores como Pichon-Rivière (1979) y Kaës (1999). La noción de vínculo posee bidireccionalidad, mutua afectación entre sus integrantes, la idea de coconstrucción y una dimensión inconsciente. No se trata de un vínculo simétrico, sino que lo constituyen distintos lugares y posiciones, teniendo en ese sentido una connotación simbólica. Se destaca asimismo el concepto de *intercorporalidad* (Merleau-Ponty, 1945), en el entendido de que el intercambio corporal funda el vínculo y los pilares desde los que se crea el psiquismo en una etapa de indiferenciación psique-soma. Es en el cuerpo a cuerpo primario donde se producen mensajes y regulaciones mutuos que transforman a ambas partes en el registro corporal y psíquico.

RETORNO A LA RAÍZ CORPORAL DE LA METAPSICOLOGÍA

Para incorporar al modelo psicoanalítico hallazgos de otras disciplinas que iluminen nuestra práctica, como habría hecho Freud, es necesario darles estatuto metapsicológico en permanente ida y vuelta con la clínica. Conocimientos provenientes de la psicología del desarrollo, observación de bebés, neurociencias y embriología plantean el desafío de revisar y explorar nuevos modelos teóricos y articulaciones metapsicológicas. Un ejemplo paradigmático es el estadio del espejo de Lacan (1949/1984), que toma las finas observaciones de Wallon (1934/1964) como base de su compleja elaboración. Lacan también abordó en sus primeros trabajos sobre la formulación del yo y el registro imaginario las investigaciones de desarrollo infantil de Charlotte Bühler (Corniglio, 2014).

Con la metáfora conceptual *metapsicología corporeizada*, se busca enfatizar que el psiquismo surge y se organiza desde la estructura y acción del cuerpo, a partir de una unión indisoluble. Actualmente, es muy frecuente en la literatura anglosajona la idea de «the embodied mind» («la mente corporeizada» o «mente-cuerpo»). *Corporeizar* da mejor cuenta de este concepto que *encarnar*,² que significa «meterse en la carne» (in-carne), con el sesgo místico de que algo superior baja a la carne (dualismo).

Grotstein (1997) propuso hace tres décadas que cuerpo y mente tienen una «hermandad siamesa» o doble vía, y recomendó los términos mentecuerpo o cuerpomente. Comparto con Canteros (2002) que tal vez nunca concibamos teorizaciones que superen el hiato físico-mental, «ese misterio que implica el nacimiento de la psique» (p. 35). «Gran parte de las investigaciones actuales, en la línea de Damasio, muestran cómo la construcción cerebral se va realizando en su interacción con el medio, y por supuesto con el lenguaje y con los otros» (p. 36). Para Freud (1940/1992), el cerebro será «un concomitante físico o somático» de lo psíquico: «El psicoanálisis declara que esos procesos concomitantes presuntamente

2 En la tesis (Ponce de León, 2016) se utiliza el término *metapsicología encarnada*.

somáticos *son lo psíquico genuino* y para hacerlo prescindir al comienzo de la cualidad de la conciencia» (p. 156).

En su modelo del aparato psíquico, Freud dio un lugar importante a la sensorialidad y el movimiento desde sus primeros trabajos, hipotetizando que las sensaciones originan los registros mnésicos y la conciencia, asociada a la función perceptiva (externa e interna). No diferencia entre percepción y sensaciones en sus escritos. Freud (1923/1992) formula su famosa afirmación de que «el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, especialmente las que parten de la superficie del cuerpo» (nota 10, p. 27). En «La vivencia de satisfacción» (Freud, 1950/1992b) enfatiza la importancia del movimiento, tanto en la descarga motriz del bebé como en el movimiento intencional del otro (acción específica). También señala que el pensamiento emerge para resolver la tensión interna cuando no es posible la descarga motriz y que también sirve para restringirla.

A excepción de autores relevantes de la escuela inglesa (Bick, 1968; Bion, 1963/2000; Klein, 1930/1987; Meltzer, 1997; Tustin, 1981/1987; Winnicott, 1949/2012) y, en menor grado, francesa (Anzieu, 1987; Aulagnier, 1977), la dimensión del cuerpo en la clínica no fue jerarquizada en los desarrollos psicoanalíticos hasta épocas recientes. Es importante señalar que todos ellos parten de experiencias clínicas con pacientes graves o niños muy pequeños. Los teóricos del apego han resaltado la importancia de los intercambios corporales y afectivos entre la figura materna y el infante, apoyando la vertiente innata que conduce al establecimiento del apego. Bowlby (1979) pone en evidencia el rol fundamental del contacto de la piel apoyándose en trabajos de la etología.

Paralelamente a lo que ocurre en el psicoanálisis, se constituye el campo de la psicología del desarrollo entre los años 20 y 50, con autores de la talla de Vigotsky, Wallon, Gesell y Piaget, este último continuando su obra hasta los 80. Una figura en la que confluye esta herencia y al mismo tiempo la del psicoanálisis es De Ajuriaguerra (Joly & Labes, 2009). Neuropsiquiatra y psicoanalista, se destacó por su capacidad para la integración interdisciplinaria e hizo aportes en continuidad con Wallon referidos a la importancia del tono muscular. A partir de los 80, muchos autores dentro y fuera del psicoanálisis han estado interesados en la relación temprana y en los procesos comunicativos no verbales y corporales.

Se destacan Stern (1985), Beebe y Lachmann (2002), Trevarthen (1993), Tronick (1989), entre otros. En Francia, en las dos últimas décadas, una serie de autores han retomado la importancia de lo corporal y lo sensorial, ya sea desde la observación de bebés o la psicopatología. En Francia, Roussillon (1999, 2009), Prat (2025), Brun (2009), Golse y Guerra (2019) y Konicheckis (2002). En América Latina, Bernardi et al. (1982), Altmann de Litvan (2015) y Guerra (2015; 2020), entre otros.

Como señalamos, la «clínica de construcción de psiquismo» nos conduce a enfocarnos en la importancia de los elementos sensoriomotrices y en una modalidad de abordaje terapéutico que los jerarquiza. Esta perspectiva no deja por fuera la articulación con los ejes psicoanalíticos fundamentales. En la medida en que el vínculo es el escenario de la constitución psíquica, está permeado por el inconsciente y la sexualidad parental. El niño va conformando su yo (consciente/preconsciente) con aquello que puede metabolizar o «traducir». Al mismo tiempo, lo que no logra traducir es expulsado, constituyendo de forma simultánea la represión originaria y el inconsciente reprimido. El proceso de simbolización es en parte esta traducción, que se realiza con lo que provee el vínculo, tanto en contenidos como en cuanto continente. Es un proceso intersubjetivo, donde se entrelazan tempranamente lo erógeno, la fantasmática parental y los movimientos pulsionales del sujeto, que conducen a los avatares de la sexualidad infantil.

LA PIEL, LO SENSORIOMOTOR, LO TÓNICO-EMOCIONAL Y EL TACTO

A nivel neurológico, la piel y el cerebro derivan de la misma estructura embrionaria y tienen una gran sensibilidad para manejar complejos estímulos. La piel, el primer órgano de los sentidos y la base de los demás, vehiculiza las sensaciones primarias y es soporte de la comunicación inicial. Funciona como continente unificador y zona erógena, aportando excitación o apaciguamiento. Ya mencionamos los aportes de Bick (1968) y Anzieu (1987) relativos a la piel.

En cuanto al tono, Gesell (1945/1972) recordó que en el embrión la inervación motriz y las reacciones tónicas preceden a la inervación sensitiva y al movimiento; las células musculares funcionan antes que las

nerviosas. También resaltó la función directriz del tono muscular sobre la respiración y el lenguaje, expresando, al modo de un fino psicoanalista: «En el lenguaje subvocal, los fantasmas de los modos respiratorios se transforman en vehículos atenuados de la fantasía y el pensamiento» (p. 147). En Francia, De Ajuriaguerra habla del «cuerpo en relación» y crea el valioso concepto de «diálogo tónico»: una comunicación corporal madre-bebé expresada en tensión-distensión muscular, reflejando sensaciones y emociones de placer y displacer, acogida y rechazo, ajustes y desajustes del vínculo. «El cuerpo es el producto vivencial de la experiencia tónica» (De Ajuriaguerra & Angelergues, 1962). Lo acompañó Bergès (2007), neurólogo y psicoanalista lacaniano, integrando ambos aspectos de su formación.

Numerosas investigaciones prenatales (López-Teijón et al., 2015; Righetti, 1999; Reid et al., 2017) no dejan duda de que las experiencias *in utero* marcan un *a priori* en la exploración sensoriomotriz fetal, lo que seguramente llevará a revisar muchos supuestos teóricos. Desde el psicoanálisis, Prat (2025) ha realizado numerosos aportes, al investigar en la relación madre-bebé y en lo prenatal, enfatizando el papel de la sensorialidad y el tacto en la constitución psíquica del bebé. Plantea una pulsión primaria, el Tacto-Pulsión, que constituirá una memoria de forma del desarrollo psíquico posterior.

Indisociables del tono, están las emociones. El concepto de *emoción* no es utilizado con frecuencia en las teorizaciones psicoanalíticas, a excepción de Bion y Winnicott. En esta perspectiva, se destaca su rol en el pasaje de lo somático a lo psíquico, al ser parte del bagaje constitucional neurofisiológico y las primeras señales significadas en el vínculo con otro. La emoción es la percepción subjetiva de un proceso interno y una manifestación visible de las sensaciones corporales. La teorización de Freud (1915/1992; 1950/1992b) sobre el afecto oscila entre la noción de emoción y una conceptualización más amplia. Es útil distinguir operativamente entre emoción y afecto para el trabajo clínico con estados mentales primitivos y la comprensión de la vida psíquica temprana. El término *emoción* lo reservamos para los cambios químicos y fisiológicos que se manifiestan al inicio como excitaciones endógenas, llamadas «emociones básicas» (*background emotions*) por Damasio (1994). Le atribuimos algunos matices adicionales: son inconscientes en sentido descriptivo y

pueden registrarse en la «memoria corporal», dada la indiferenciación psique-soma inicial. Los afectos se construyen a partir de las emociones al inscribirse en la experiencia compartida del vínculo, adquiriendo función de marcador, diferenciando y evaluando, regulando y modulando las experiencias. Su consolidación supone un logro, una mayor complejidad, fruto de la intersubjetividad. Los afectos positivos son la «ligadura» de los procesos psíquicos, mientras que los negativos y traumáticos masivos pueden tener efectos «desligantes». Las expresiones emotivas están hechas de mímicas y posturas, y proceden de las variaciones de tensión del tono muscular. La privación se traduce en hipertonia, descarga motriz pura, espasmos y gritos. La satisfacción produce la relajación de la hipotonía. Es decir, emoción y tono están entrelazados, de ahí la expresión «tónico-emocional» de Wallon (1967/1982).

Las emociones resultan tempranamente una forma de comunicación que promueve la reacción del otro; ahí adquieren significado y se traducen en gestos intencionales. Aunque perduran toda la vida como reacciones inmediatas, progresivamente se integran en un proceso sutil, fusionándose con los afectos y los sentimientos.

VIVENCIA DE SATISFACCIÓN Y DIÁLOGO TÓNICO

La importancia otorgada a la función tónica (Wallon, 1967/1982) y al diálogo tónico (De Ajuriaguerra, 1983) es un hallazgo notable, no retomado plenamente por el psicoanálisis. El tono muscular, como sustrato del movimiento y vehículo de comunicación de las primeras emociones, es un elemento fundamental de la constitución psíquica. Un primer modelo «mítico» freudiano de la constitución psíquica es el de la vivencia de satisfacción (Freud, 1900/1992, 1950/1992b). Refiere un momento originario e inaprensible. Aunque los conocimientos actuales sobre la vida prenatal *in utero* probablemente modifiquen este modelo,³ la propuesta es articular

3 Por medio de las ecografías se observa que los bebés se chupan el dedo y sonríen como respuesta a un estímulo placentero *in utero*. Se infiere una incipiente noción de no-yo en la alternancia del tacto de la pared uterina y el propio cuerpo.

un concepto clínicamente valioso (diálogo tónico) con un modelo metapsicológico sobre los orígenes del psiquismo.

LA VIVENCIA DE SATISFACCIÓN EN FREUD

Freud (1950/1992b) describe cómo el niño expresa su necesidad mediante la motilidad corporal (agitación y llanto) y la madre, mediante una «acción específica» (movimientos y gestos), calma la tensión endógena. Esto produce una vivencia placentera de satisfacción ligada a la imagen perceptiva del objeto. Esa imagen mnémica de la excitación y el «drenaje en la motilidad» producen una «huella», que conecta la imagen del objeto de satisfacción y la imagen motriz del movimiento reflejo que permitió la descarga.

La moción psíquica que inviste esa imagen será el deseo (como alucinación perceptiva), postergando la descarga y disminuyendo la tensión. La huella es una forma de representación; en esta búsqueda de equilibrio emerge el pensar-representar. El movimiento interno y la descarga motriz hacia el exterior dan lugar al movimiento intencional del otro, lo que constituye un primer sistema de comunicación no verbal que Freud (1950/1992b) expresa diciendo que la función secundaria de la descarga es el “entendimiento” o “comunicación”.

En este modelo hipotético, el sujeto psíquico se constituirá a partir de constituyentes «materiales»: la percepción, el movimiento, la cantidad, la descarga, el «otro» de la acción específica. Dice Freud (1950/1992b) que el primer camino motor de descarga es «la expresión de emociones, berreo, inervación muscular» y que el objeto exterior calma la tensión «en el interior del cuerpo». «Cada movimiento [...] deviene ocasión para nuevas excitaciones sensibles (de la piel y músculos) que dan por resultado una imagen-movimiento» (p. 362).

VIVENCIA DE SATISFACCIÓN, DIÁLOGO TÓNICO Y PULSIÓN

El tono, sustancia del movimiento y de la acción, permite encarnar las emociones y transmitir las cuerpo a cuerpo. Este encuentro entre el tono-emoción de ambos *partenaires* es el encuentro de la necesidad del bebé

desvalido con el deseo materno de auxiliarlo. Del lado del portador de la acción específica, el tono de respuesta es el eslabón comunicacional encarnado (*embodied*) generado en el diálogo tónico. El tono muscular del bebé, en diálogo con el tono de respuesta, permitirá la regulación del movimiento y la postura; la cantidad (intensidad del tono); la cualidad de la descarga (placer-displacer); y la inervación muscular (previa al sistema nervioso). La tensión tónica en el recién nacido es una fuente primitiva de un sentimiento de unidad corporal y las variaciones de esta tensión pueden crear emociones. Según Bergès (1978), el grito (berreo) tiene una «escolta postural», un basamento tónico que acompañará siempre la voz.

Podríamos considerar el tono muscular como el sustrato de la tensión pulsional⁴ y sus variaciones como indicadores de la economía pulsional. El movimiento del bebé es empuje y el encuentro con el objeto posibilita la descarga, por lo que planteamos la hipótesis de que el tono vehiculiza y es el sustrato material del salto a lo psíquico con la concurrencia del objeto. Siguiendo a autores como Green (1995), Laplanche (2001), Aulagnier (1977) y Bleichmar (2009), consideramos que la pulsión se coconstruye con el objeto. En el encuentro se produce una investidura libidinal, pero también tónica y sensorial, que constituye lo pulsional y el psiquismo. El movimiento, en el juego pulsional del vínculo, cobra sentido, se convierte en gesto. El diálogo tónico será la base del ritmo del vínculo afectivo. Las estructuras rítmicas, pulsantes desde el cuerpo, subyacen de aquí en más en los intercambios intersubjetivos de gestos y palabras.

En la vivencia de satisfacción, Freud (1950/1992b) no introduce el lenguaje verbal, sino el inicio de un lenguaje corporal, generador de sistemas representacionales primitivos. A través del tono y el movimiento, se dan los primeros intentos de «ligar» la energía pulsional. Estas ligaduras primarias tónico-sensoriales harán posible que el lenguaje pueda operar.

4 Aunque Freud (1950/1992b) ya hablaba de «estímulos internos» o «excitaciones» en *Proyecto de psicología*, el concepto de *pulsión* (*Trieb*) es introducido formalmente en *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1992). Inicialmente, está muy pegado a lo biológico, nace de la excitación de un órgano (zona erógena) y no tiene un objeto predeterminado, busca la descarga. Las pulsiones son una «exigencia de trabajo» para el psiquismo. De ahí mi hipótesis de que el trabajo para tramitar ese «empuje» (*Drang*) se inicia con el tono y el movimiento.

REPRESENTAR Y SIMBOLIZAR A PARTIR DE FREUD

La vivencia de satisfacción es también un modelo sobre el origen del desear y del representar y, por ende, de la simbolización. Aunque Freud (1920/1992) no la nombra de ese modo, se evidencia como tal en el juego del fort-da. En ella están presentes los dos pilares esenciales para la simbolización desarrollados en este trabajo: el cuerpo y el vínculo con el otro.

En la «Carta 52 a Fliess», Freud (1950/1992a) plantea un ordenamiento múltiple del aparato psíquico. Las huellas sufren «retranscripciones» y los «signos de percepción son la primera transcripción de las percepciones, por completo insusceptible de conciencia y articulada según una asociación por simultaneidad» (p. 274). Estos signos no metabolizables se infieren en los traumatismos y no pueden capturarse con las categorías de representación-cosa y representación-palabra. En el pensamiento de Lacan podrían ubicarse en lo real, en lo perturbador del cuerpo. Bleichmar (2009) indica que los signos de percepción son «elementos sensoriales [...] que se encuentran en contigüidad con el objeto real que, representando [...] al objeto del mundo porque no representan nada más que a sí mismos, son en sí mismos. Por eso son “realidad psíquica” en el sentido más estricto del término» (p. 58).

Proponemos que es la «diferencia» introducida por el otro y la amalgama sensorial concomitante lo que se registra en el psique-soma indiferenciado de los inicios. Por eso, los signos de percepción son marcas en el cuerpo, sin sentido e intraducibles en palabras. No son el registro de la ausencia de satisfacción, sino de la diferencia entre experiencias sensoriales: el encuentro-desencuentro sensorio-tónico que produce acoplamientos satisfactorios en grados diversos, pero deja un resto de insatisfacción. El otro, paradójicamente, genera excitación y freno a la excitación. El pensamiento es ese trabajo de anticipar las diferencias y semejanzas perceptivas (apoyado en la percepción amodal del bebé), y tender puentes con lo otro, lo distinto, lo inaprensible; con el otro que es enigma en su cualidad paradójica de provocar placer y dolor, y disparador de la búsqueda de sentido, ligazón vital dentro y fuera de sí mismo.

Coincidimos con Roussillon (2013) y Pinol-Douriez (1984) en que el trabajo de simbolización propiamente dicho se produce a partir de un

movimiento reflexivo, donde el sujeto se representa a sí mismo «representando». Roussillon habla de una «simbolización primaria» y de una «simbolización secundaria», que implican «religar la representación de cosa y la representación de palabra e inscribirla en el aparato de lenguaje». Se produce una representación que «sabe» que es una representación (símbolo) en ausencia del objeto externo.

¿QUÉ OCURRE ANTES DE LA SIMBOLIZACIÓN PROPIAMENTE DICHA?

Aunque el lenguaje antecede al sujeto, se prefiere el término *presimbólico* para el proceso previo a la simbolización, considerado desde el proceso de apropiación subjetiva. En el modelo representacional de Freud (1950/1992a, 1900/1992), un primer nivel corresponde a los signos perceptivos que quedan a la espera potencial de traducción a representaciones de cosa, y así sucesivamente a la espera de nuevas traducciones. En un vínculo «suficientemente bueno» ocurre una transformación progresiva: las excitaciones somáticas endógenas, emociones y descargas motrices se constituyen inicialmente en engramas⁵ sensorio-tónico-emocionales registrados como «memorias corporales». Este nivel coincide con los signos perceptivos como puras marcas corporales. Es el vínculo intercorporal el que atribuye sentidos (cualidad simbolizante), convirtiendo la energía somática en psíquica. Así, los registros corporales acceden al registro psíquico, inicialmente bajo la forma de protorrepresentaciones.

Hay distintas propuestas teóricas para los registros psíquicos primitivos previos a la simbolización. Nos proponemos utilizar el concepto de *protorrepresentaciones* de Pinol-Douriez (1984).⁶ Para ella, son representaciones «potencialmente simbolizables», no completamente semiotizadas, consti-

5 *Engrama* (del griego *inscripción*) es una estructura de interconexión estable, resultado de un patrón de información de sensaciones experimentadas y acompañadas de cierta intensidad.

6 Varios autores han explorado conceptos similares que nutren la idea de una *prerrepresentación* ligada al cuerpo. Entre ellos, Anzieu (2003; significantes formales) y Aulagnier (1977; pictograma). Autores como Golse y Roussillon (Golse & Roussillon, 2010; Roussillon, 1999) han utilizado el término *protorrepresentación*, enfatizando distintos aspectos. Pinol-Douriez (1984) es, sin embargo, la fuente más fundada de este concepto. En lo personal, enfatizo la conjunción de afecto y sensoriomotricidad ligada al tacto y lo propioceptivo.

tuidas por perceptos significados afectivamente, que permiten ligar y modular las experiencias sensoriales y motrices interactivas. A esta definición, añadimos que las protorrepresentaciones son previas a la imagen visual discriminada. Constituyen una amalgama perceptiva predominantemente táctil, propioceptiva y cenestésica marcada por el afecto. Se producen en la máxima proximidad corporal, cuando lo visual es aún precario. Percibir visualmente requiere distancia; el objeto visto exteriormente en su totalidad supone mayor discriminación sensorial que lo sentido en el propio cuerpo o como parte de él. El concepto de *protorrepresentación* difiere de la representación de cosa freudiana, esencialmente visual. Es importante recordar que la visión es el único sentido no practicado antes de nacer; inicialmente, es borrosa. El bebé ve mejor los bordes de un rostro, el movimiento y los contrastes, y registra objetos a 20 o 30 centímetros. Recién a los siete meses puede mirar fijamente objetos pequeños y percibir la profundidad.

Así, el concepto de espejamiento de Winnicott (1972/1986) —que enfatiza la importancia de ser mirado y verse en el rostro del otro— coincide con los seis o siete meses y el estadio del espejo, cuando la visión adquiere madurez suficiente. En etapas previas, el espejamiento debe pensarse desde la percepción amodal: un conglomerado de sensaciones táctiles, auditivas, propioceptivas y cenestésicas intercambiadas en el diálogo tónico, reflejando al bebé cómo es tocado y «sentido» por la madre, no solo mirado. Por ello, proponemos un primer «espejamiento tónico-emocional», en consonancia con la forma de sostenerlo, tocarlo y hablarle, lo que contribuye a reflejar y estructurar la percepción multimodal del bebé.

El vínculo puede adoptar diferentes modalidades, que se dirimen en dos grandes grupos:

- 1- Modalidad transformadora de lo sensorio-emocional. Cuando el cuidador contiene las emociones-excitaciones transformando su calidad e intensidad, se constituye una «experiencia afectiva». Las emociones cobran un sentido acorde a la experiencia sensoriomotriz compartida, que supera lo neurofisiológico y se vehiculiza en la acción-afecto en sintonía con la necesidad del bebé.

En la experiencia placentera, basta que la emoción sea compartida y regulada para transformar la excitación en protorrepresentación. Ante el

displacer, la intervención materna disminuye la excitación y aporta regulación para recuperar el equilibrio. Esta función continente corresponde al sistema de paraexcitación (Freud, 1950/1992b), la metabolización y función *rêverie* (Bion, 1962/1991) o el espejamiento (Fonagy et al., 2004; Winnicott, 1972/1986). El efecto es una modulación bidireccional de los afectos. Sus rupturas forman parte de «marcar» los afectos (Fonagy et al., 2004; Pinol-Douriez, 1984), lo que permite la diferenciación progresiva entre sí mismo y los otros.

Una parte permanece sin transformación, como «resto» no representable a lo largo de la vida. La posibilidad de acceder a códigos más evolucionados depende de los efectos desligantes de los afectos traumáticos y las defensas en juego. Incorporando a Freud, la intervención del otro permite el pasaje de la excitación somática a la pulsión; una ligadura pulsional previa a las representaciones de palabra. Aquí, la madre tolera la angustia y la agresividad como vitalidad del bebé, promoviendo la intrincación de impulsos libidinales y agresivos (Winnicott, 1950/1979). Así se constituye el camino a la simbolización.

2- Modalidad con obstáculos para la transformación de lo sensorio-emocional. ¿Qué sucede cuando el vínculo no logra dar sentido a los afectos y obstaculiza la simbolización? Esto ocurre por múltiples razones: ausencia reiterada, desconexión, indiscriminación afectiva, intolerancia a la excitación del niño, interpretación distorsionada de sus señales o proyección de contenidos parentales no simbolizados.

En el vínculo incide tóxicamente la fantasmática parental no procesada, lo que genera fantasías discordantes y respuestas desajustadas a las necesidades psíquicas infantiles. El bebé también puede aportar desajustes por una vulnerabilidad constitucional o adversidades del desarrollo. En estos casos, las excitaciones sobrecargan el precario aparato psíquico, lo que provoca una desorganización somato-psíquica, eventuales descargas crudas y explosivas, configurando una situación traumática (a la que pueden sumarse factores externos).

Las sensaciones y emociones no se transforman. Permanecen como emociones crudas o «memorias corporales» desconectadas en la sensorio-motricidad, a la espera de ser significadas (a diferencia de la modalidad

anterior, donde siguen disponibles para su representación mediante nuevas experiencias). Al no producirse la diferenciación entre el afecto propio y el ajeno, ni discriminarse las experiencias con el objeto, la agresividad pierde su dimensión estructurante primaria (necesaria para la delimitación yo/no-yo) y queda, en cambio, desligada de lo libidinal. Por ello, la agresión busca descargarse mediante actos o afectos violentos —muchas veces discordantes o sin sentido aparente— o bien se dirige sobre sí misma de forma autodestructiva.

ANTONIO: «PAPÁ NO SE DICE»

Antonio es traído a consulta por su madre a los cuatro años y seis meses. La diada transmite algo conmovedor y cierto desamparo. El niño había presentado sintomatología autista temprana y recibió tratamiento a los tres años, por lo que algunos síntomas remitieron, pero persistía un trastorno severo del lenguaje oral. El equipo interdisciplinario del que formo parte diagnosticó un trastorno específico del lenguaje (TEL), en el marco de un desarrollo disarmónico.

Un aspecto central de su historia es la muerte de su padre en un accidente en el mar cuando Antonio tenía cuatro meses. Antes, a los tres meses, rechazó el pecho, se observó un escaso contacto ocular y la ausencia de vocalizaciones. La madre se culpa de haberlo abrazado intensamente al enterarse de la muerte del padre y «haberle transmitido todo... él quedó blandito [hipotónico] por una semana». Relata: «Lo sobreprotegí demasiado, lo tenía a upa todo el tiempo, era más de jugar que de hablar con él». Sobre el padre, Antonio no pregunta; aunque hay fotos, la madre le dice que «no está», sin poder nombrar la muerte.

En Antonio confluye el impacto traumático externo (la muerte del padre y la consecuente transformación del vínculo por la depresión materna) con lo traumático de la interacción fantasmática inconsciente madre-padre-bebé. Estos aspectos, abordados durante el tratamiento de ambos, pertenecen a una etapa de predominio comunicacional no verbal o infraverbal. Al ser inseparable el efecto traumático en el psiquismo materno y en el del niño, se requirió un delicado trabajo de construcción acompañando los niveles de simbolización alcanzados.

El trabajo terapéutico con Antonio

El tratamiento integró una investigación sobre el abordaje terapéutico de niños con dificultades significativas de simbolización (Ponce de León, 2016), con un *setting* específico y un encuadre de coterapia descrito en la «Introducción». Sin detallar la metodología de la investigación, mencionaremos que incluyó tres casos y un trabajo inicial de tres meses con una psicomotricista y la analista como observadora. Luego, esta se incorporó como coterapeuta en un encuadre vincular hasta la finalización. Se filmó una sesión mensual con consentimiento parental. El tratamiento de Antonio aportó un material de enorme riqueza, con una evolución muy satisfactoria.

A los efectos de ilustrar los registros primitivos de simbolización descritos, mostraremos algunos fragmentos del inicio del tratamiento. El hecho de que no sean sesiones individuales tradicionales no invalida su interés psicoanalítico; la observación y aproximación clínica permiten reflexionar ampliamente sobre la técnica con estos pacientes, siempre bajo una mirada teórica psicoanalítica.

Primer encuentro

En esta sesión diagnóstica participan la psicomotricista jugando con el niño y la analista como observadora participante. Antonio (cuatro años y ocho meses) se entrega al movimiento buscando explorar sus posibilidades motrices y apropiarse del espacio. Se lo ve excitado, con una descarga motriz desorganizada. Su lenguaje corresponde a un niño de dos años, con dificultades en todos los niveles, tanto expresivos como comprensivos. No parece interesado en lo que se le dice; responde repitiendo mecánicamente *sí* o con ecolalias.

Comienza reconociendo por el tacto y nombrando lo que le resulta conocido: figuras geométricas, colores (cualidades unidas al aspecto perceptivo). Se interesa por una pelota, repite «la pelota, eto e la pelota» y la comienza a picar, saltando. Luego salta en el colchón imitando el rebote y ritmo de la pelota, evocando una «envoltura rítmica» que brinda continuidad frente a los cortes de actividad. Se infiere que la actividad mental está ligada a sensaciones, objetos y gestos, unida a la percepción y el movimiento, lo que corresponde a una fase presimbólica. Hay intención

de comunicarse y su gestualidad expresa emociones. Sin embargo, no hay atención clara ni interés por la acción o las palabras del otro, que debe responder a sus demandas y plegarse a él.

La psicomotricista (P) le dice: «¡Cómo sabés patear! ¿Qué vamos a hacer?». Antonio (A) contesta: «La pelota», y la devuelve con fuerza. Tras un ida y vuelta de patearla, corre como los jugadores, con brazos extendidos, planeando y gritando: «¡Gooool!».

P: ¿De quién fue el gol?

A: No ta [mira a los lados, levanta los brazos].

Sale corriendo y deambula en una búsqueda no muy convincente: mira bajo un colchón cuando la pelota está a la vista del lado opuesto de la sala. Toma otra pelota. Se lo ve desorganizado, descoordinado, con agitación respiratoria, poca economía de movimientos y torpeza al patear. El excesivo movimiento de brazos y manos podría verse como una «envoltura de agitación motriz» (Anzieu, 1987) con valor defensivo, de lucha frente a las angustias por las dificultades de habla y la ausencia (lo que «no está»).

P: No está, ¿pero quién hizo un gol?

A: No ta manito, no ta.

P: ¿Quién no está?

A: [Ininteligible].

La insistencia de Antonio que repite «no está» evoca la ausencia de objeto y sujeto, que aquí se confunden: parece fundido con la pelota y no puede ubicarse como sujeto autor del gol. En la analista surge espontáneamente la asociación con la explicación de la madre —«papá no está»—, lo único que ha podido decirle sobre la muerte.

Analista: Mamá dijo que papá no está. A veces Antonio le pregunta «¿y papá?» y mamá dice «papá no está».

Antonio no se detiene en su acción; parece escuchar un segundo, hace un mínimo silencio y, con interjecciones y excitación, patea nuevamente la pelota. Cuando esta rebota y golpea sin intencionalidad a la analista, la psicomotricista dice: «Le pegó a Ema la pelota, ¿le habrá dolido?». Con ello introduce la presencia de un tercero y una referencia a una sensación-afecto («¿le habrá dolido?»). Esta «nueva» patada de Antonio podría pensarse como una protorrepresentación: la transformación de una sensación sensoriomotriz ligada a una emoción-excitación (mención del padre,

¿placer-displacer?) en una experiencia afectiva compartida donde ocurren cosas significativas. A continuación, repite «¿labrá dolido?» e insiste en la acción: «Dale... dale, pateala».

Anzieu (2003) habla de «significantes formales» como narración motriz de la interacción. Roussillon (comunicación personal, 2013) señala que ocurre una transformación de la experiencia: un significante formal (sin sujeto, objeto ni escena) hace traza reflexiva. Esto permitirá a continuación un trabajo de escenificación, susceptible de dar lugar a una narración (con sujeto y objeto) en lenguaje no verbal dirigido al terapeuta.

Antonio no puede detenerse; quizás la desaparición del objeto (pelota-él mismo-papá), el silencio y la inmovilidad remiten a la muerte. Su movimiento incesante parece reflejar esta necesidad de llenar el espacio con acciones y palabras que incitan a continuar en movimiento. Repite estereotipadamente la palabra-frase «la pelota cae-se-pegó», un precursor de sentido polivalente de la acción. Para Antonio, la acción la promueve el objeto y no él; lo estimula el movimiento de la pelota que implica sonido, ritmo y marca tiempo y espacio. Mientras deambula picando y pateando la pelota, su cuerpo mismo rebota confundiendo con ella. El verbo *pegar* condensa el sentido de adherirse a algo (indiscriminación) y el movimiento de golpear como expresión de agresión primitiva (Winnicott, 1950/1979).

En toda la sesión vemos a Antonio recreando aspectos de esta fase temprana, afirmando su capacidad de patear-amar-controlar al objeto materno previo a la integración del yo, con recursos presimbólicos. También muestra dificultad en su subjetivación, no pudiendo enunciar claramente el yo-sujeto de sus acciones, como si su *self* estuviera aún más alojado en su movimiento que en su pensamiento. De la pelota confundida con él mismo y autónoma a la insistencia a la pelota «mía» al final de la sesión, hay una evolución. Ha transcurrido un proceso de búsqueda de apropiación del objeto y del espacio.

Concluimos que en el primer encuentro con las terapeutas y objetos mediadores hay un plus de excitación. Es probable que la hiperactivación fisiológica (desregulación de origen traumático) irrumpiera en su conducta como memoria corporal y no como recuerdos. Estos desbordes remiten a primeras angustias de precipitación en el vínculo con el objeto y hablan

de una probable respuesta del objeto primario que no jugó adecuadamente su rol de paraexcitación. Será parte del trabajo terapéutico elaborar estas angustias a través de afectos compartidos y su verbalización. En la sesión siguiente, sorprende dibujando una figura humana en el pizarrón que dice ser el papá, lo que resulta elocuente en relación con lo acaecido en este encuentro.

Quinta sesión

Esta sesión, filmada y presenciada por la analista, resulta clave, porque aparece por primera vez el juego simbólico. Antonio se muestra más calmo, con menor ansiedad corporal y mejor coordinación. Elige jugar al fútbol, distendido y contento. Interrumpe varias veces para subir por la escalera de madera y tirarse en los colchones, moviendo las piernas y emitiendo sonidos variados, evocando a un bebé que descarga a través de sus extremidades y vocalizaciones. Boubli (2009) señala que en etapas iniciales los fonemas son percibidos como objetos sensoriales y pueden constituir protorrepresentaciones.

Desde cierta altura sobre los colchones, gesticula al tirarse al piso acompañando la caída con ruidos de esfuerzo. Invita a la psicomotricista a saltar. Ella pregunta si es una piscina (él concurre a una) y él asiente. Inician un intercambio sobre el agua. Antonio dice: «Vení, ponete para abajo del agua» (corre el colchón y se esconde), iniciando un diálogo de juego *como si*.

P: Ah, estamos en el agua.

A: Está frío...

P: [Pasado un momento] Me parece que ahora está calentita.

A: Ta calentita... Sí... [Murmura, canturrea, hace silencio y, de pronto, grita. Mantienen una conversación inaudible bajo el colchón].

P: ¿Salimos?

A: Sí... ¡Ay! Un monstruo.

P: ¡Ay! Un monstruo. ¿Quién es el monstruo?

A: No pasó nada [con tono apaciguador].

P: ¿Se fue el monstruo?

A: No, no ta llito... nunca dice... me quiero subir... me quiero subir y acotar a dormir [sube la escalera y se acuesta].

Luego baja y se acuesta en un colchón grande cerca de la psicomotricista.

A: ¿Qué pasó? ¿Qué pasó en la cama? ¿Qué pasa na cama? [Ininteligible] Voy parriba y después pabajo [ininteligible].

Hace que duerme y pregunta: «¿Por qué dice acá ichito?, ¿por qué está caentito?... Yo no quiero meter ento...».

P: ¿Tú no quieres meterte adentro?

A: Sí, ir pa dentro. [Desde adentro] Cerá la potra, cerála potro. [Parece decir «cerrá la puerta»]. Yo no quiero [ininteligible]... Oye, ¿qué pasa?

P: Estás ahí adentro de la casita.

A: ¿Qué estás haciendo?... etete adento [sale, mira a la psicomotricista y parece invitarla].

Se produce un juego simbólico rico, relacionado con vivencias traumáticas inconscientes para Antonio, especialmente la muerte por ahogamiento de su padre. La psicomotricista ejerce un rol fundamental de *holding* físico y verbal cuando Antonio se desliza por los colchones. Le ofrece una representación introducida por él previamente: «¿Estás en una piscina?». Desde allí, Antonio toma la iniciativa (invita a saltar, se esconde, comenta que el agua está fría), mostrando afectividad compartida.

Hay una clara apelación sensorial: el agua (evocando lo intrauterino) y la presión de los colchones, habilitando la sensación de introducirse en algo. Buscar los colchones refleja la necesidad de contacto corporal que tenga límites. Mueve las piernas impulsándose hacia adentro. Aparecen imágenes sensoriales y espaciales («el agua está fría»). La psicomotricista propone una transformación («está calentita») para expresar bienestar. Antonio murmura, desarrollando una protoconversación.

En ese clima de sintonía, logra quietud, complicidad verbal y silencio; de pronto, el grito expresa una emoción primaria. Quizás invadida por cierta ansiedad, la psicomotricista pregunta: «¿Salimos?». Él acepta e inmediatamente trae la fantasía aterradora: «Ay, un monstruo». Al ser interrogado, intenta meterse, sale, responde: «No pasa nada» y, deteniendo la acción, dice reflexivamente: «No ta Ilito... nunca dice». Esta frase, inicialmente ininteligible para las terapeutas, fue comprendida tras revisar la filmación: al padre le decían Marcelito. Antonio se refiere a él como *Ilito* («papá Marcelito no está», repitiendo el discurso

materno), pero agrega el sugestivo «nunca dice», interpretado como lo que nunca se habla.

Irrumpe lo siniestro (grito, monstruo), seguido por la imagen del padre ausente que no se nombra. Pararse y decir «quiero subir» expresa el deseo de huir de lo atemorizante. Ese lugar alto fue significado como el lugar de dormir. El juego arma dos escenarios: el agua en los colchones y la casa en la escalera. Las preguntas de Antonio («¿qué pasó en la cama?», «¿por qué está caentito?») acostado junto a la terapeuta evocan la escena erotizada del colecho materno y preguntas sobre sus orígenes. Apela nuevamente a sensaciones (frío/calor) para dar cuenta de vivencias de placer-displacer, propio de niveles primitivos de representación.

Tras revivir la muerte paterna, retoma el contacto vital (ritmos de dormir/despertar). Frente a lo persecutorio, el vínculo casa-mamá brinda refugio, pero también erotización y necesidad de separación. En el juego, separarse no es morir; ensaya ritmos de presencia-ausencia y discriminación espacial. Su insistente «¿qué pasa?» denota descubrimiento y desconcierto; preguntas nacidas con la muerte, pero que lo reenvían a los orígenes y la sexualidad.

Esta rica apertura simbólica ocurre en presencia de una «terceridad» (analista y filmación). Antonio es consciente de ambas y esta terceridad seguramente convoca la temática paterna. La cámara, explicitada en el encuadre, parece reforzar su investidura narcisista al sentirse mirado con interés. Se advierte un cuerpo más calmo y un discurso verbal organizado; un «relato interior» dirigido a un tercero que acompaña el juego. Las emociones emergentes, ligadas a traumas primarios inexpressables previamente, requirieron una progresión del cuerpo a la palabra, gestada en el vínculo terapéutico.

Desde la simbolización, Antonio presenta simultáneamente distintos niveles representacionales, lo que es propio de etapas de cambio. Destaca la importancia sensorial y táctil. Las imágenes sensoriales se vuelven representaciones de palabra («está frío»). A la «oscuridad» bajo los colchones se suma la fantasía del monstruo (representación de lo «horrible»), pasando a la evocación directa del padre ausente y la transgresión del mandato materno («nunca dice»; «no está llito»). En esta experiencia compartida, la proximidad afectiva permite ligar percepción

y afecto, otorgando sentido y cualidad simbólica a la vivencia. La mejoría que muestra el lenguaje pragmático (comunicación social) durante esta sesión y otras observaciones similares a lo largo del tratamiento, cuando el procesamiento de la experiencia corporal y sensoriomotriz ocurre alineado con el afecto, nos llevan a la hipótesis más general de que esta conjunción es un factor importante en la organización del pensamiento y el lenguaje.

CONCLUSIONES

A partir de la idea de la centralidad del cuerpo en la constitución psíquica, se desarrollan tres ejes fundamentales relativos a la clínica, la teoría y la psicopatología. Los hallazgos clínicos fortalecen las premisas teóricas que priorizan el vínculo intercorporal para dar lugar a la intersubjetividad en ciernes y la constitución del sujeto, y conducen al planteo de una metapsicología corporeizada. La experiencia clínica apoyada en la experiencia corporal, el movimiento y las expresiones sensoriomotrices demuestran una evolución favorable y rápida ante las dificultades iniciales de los pacientes. El vínculo terapéutico involucra lo corporal para procesar e integrar las emociones emergentes y transformarlas en afectos compartidos, dando lugar a los primeros eslabones en el proceso de simbolización.

En ese sentido, se destacan los procesos presimbólicos, apoyados en los intercambios sensoriales, motrices y tónico-emocionales de los inicios. Se propone el concepto de *protorrepresentaciones* para dar cuenta de un nivel previo a las representaciones de cosa y a lo visual, tratándose de una amalgama tátil, propioceptiva, cenestésica y auditiva. Las protorrepresentaciones son la materia prima a transformar en un vínculo afectivo con cualidad simbolizante. Se puede concluir que la simbolización es una función intersubjetiva, con base en lo intercorporal.

Se constata que los traumatismos precoces desorganizan el psiquismo temprano e impiden la representación de las vivencias catastróficas. Estas permanecen como «memorias corporales» desconectadas: excitaciones o emociones crudas, que insisten repetidamente en el cuerpo como descargas motrices u otras expresiones poco elaboradas. El vínculo terapéutico ofrece la posibilidad de recrear la experiencia traumática, li-

gando emociones y afectos, y relanzando la simbolización a partir de sus eslabones más primitivos. Estas reflexiones teórico-clínicas son de utilidad para pensar la clínica de lo traumático en todas las edades, lo que excede el objetivo del presente trabajo. ♦

REFERENCIAS

- Altmann de Litvan, M. (2015). *Encuentros clínicos madre-infante. Estructuras relacionales subyacentes en procesos psicoterapéuticos breves*. Biebel.
- Anzieu, D. (1987). *El yo-piel*. Biblioteca Nueva.
- Anzieu, D. (2003). *Las envolturas psíquicas* (2.ª ed., pp. 19-41). Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Beebe, B., & Lachmann, F. (2002). *Infant research and adult treatment. Co-constructing interactions*. The Analytic Press.
- Bergès, J. (1978, junio 17-18). *Postura y comunicación* [Ponencia]. Jornadas de trabajo ARPLOE, Hospital Henri Rousselle.
- Bergès, J. (2007). *Le corps dans la neurologie et dans la psychanalyse*. Érès.
- Bernardi, R., Díaz Rossello, J. L., & Schkolnik, F. (1982). Ritmos y sincronías en la relación temprana madre-hijo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 61, 93-100. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/890>
- Bick, E. (1968). The experience of the skin in the early object-relations. *The International Journal of Psychoanalysis*, 49(2), 484-486.
- Bion, W. R. (1991). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Bion, W. R. (1992). Hay que pasar un mal trago. En F. Bion (Comp.), *Seminarios clínicos y cuatro textos*. Lugar.
- Bion, W. R. (2000). *Elementos de psicoanálisis*. Lumen. (Trabajo original publicado en 1963).
- Bleichmar, S. (2009). *Inteligencia y simbolización. Una perspectiva psicoanalítica*. Paidós.
- Boubli, M. (2009). *Corps, psyché et langage: Chez le bébé et l'enfant autiste*. Dunod.
- Bowlby, J. (1979). *El apego* (Vol. 1). Paidós.
- Brun, A. (2009). *Mediaciones terapéuticas y psicosis infantil*. Herder.
- Canteros, J. (2002). La subjetividad encarnada. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 2, 34-70. <https://dspace.uces.edu.ar/jspui/handle/123456789/525>
- Corniglio, F. (2014). Algunas referencias de Lacan a la psicología del desarrollo de Charlotte Bühler (1936-1948). *Psicología em Pesquisa*, 8(1), 41-52. <https://doi.org/10.5327/Z1982-1247201400010005>
- Damasio, A. (1994). *Descartes' error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. Avon Books.
- De Ajuriaguerra, J. (1983). De los movimientos espontáneos al diálogo tónico-postural y a las actividades expresivas. *Anuario de Psicología*, (28), 7-18. <https://revistes.ub.edu/index.php/Anuario-psicologia/article/view/9493>
- De Ajuriaguerra, J., & Angelergues, R. (1962). De la psychomotricité au corps dans la relation avec autrui : à propos de l'œuvre d'Henri Wallon. *L'Évolution psychiatrique*, 27, 13-25.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. L., & Target, M. (2004). *Affect Regulation, Mentalization and the Development of the Self*. Karnac.
- Freud, S. (1992). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 1-66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992). Esquema del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 133-210). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940).

- Freud, S. (1992). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 4-5). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1992). La represión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 135-152). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1992). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1992a). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 211-322). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Freud, S. (1992b). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-390). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Gesell, A. (1972). *La embriología de la conducta*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1945).
- Golse, B., & Guerra, V. (2019). *Le bébé, la sensorialité et la créativité*. Le fil rouge.
- Golse, B., & Roussillon, R. (2010). *La naissance de l'objet : Une co-construction entre le futur sujet et ses objets à venir*. PUF.
- Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Amorrtortu.
- Grotstein, J. S. (1997). "Mens sana in corpore sano". The Mind and Body as "Odd Couple" and as an Oddly Coupled Unity. *Psychoanalytic Inquiry*, 17, 204-222.
- Guerra, V. (2015). Diferentes funciones del ritmo en la subjetivación y en la creación. *Calibán*, 15(1), 53-71.
- Guerra, V. (2020). *Vida psíquica del bebé: la parentalidad y los procesos de subjetivación* (2.ª ed.). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Joly, F., & Labes, G. (Coords.). (2009). *Julian de Ajuriaguerra et la naissance de la psychomotricité: Volume 1, Corps, tonus et psychomotricité*. Éditions du Papyrus.
- Kaës, R. (1999). *Les théories psychanalytiques du groupe*. PUF.
- Klein, M. (1987). *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*. En *Obras completas* (Vol. 2). Hormé-Paidós. (Trabajo original publicado en 1930).
- Konicheckis, A. (2002). Des sens aux sens: sensorialité et signification. En M. Boubli & A. Konicheckis (Comps.), *Clinique psychanalytique de la sensorialité* (pp. 125-155). Dunod.
- Lacan, J. (1984). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia analítica. En *Escritos 1*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1949).
- Laplanche, J. (2001). Pulsión e instinto. *ALTER Revista de Psicoanálisis*, 58(1), 23-26.
- López-Teijón, M., García Faural, A., & Prats-Galino, A. (2015). Fetal facial expression in response to intravaginal music emission. *Ultrasound*, 23(4), 216-223. <https://doi.org/10.1177/1742271x15609367>
- Meltzer, D. (1997). Concerning signs and symbols. *British Journal of Psychotherapy*, 14(2), 175-181. <https://doi.org/10.1111/j.1752-0118.1997.tb00369.x>
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Gallimard.
- Pichon-Rivière, E. (1979). *Teoría del vínculo*. Nueva Visión.
- Pinol-Douriez, M. (1984). *Bébé agi, bébé actif : L'émergence du symbole dans l'économie interactionnelle*. PUF.
- Ponce de León, E. (2002). Una propuesta interdisciplinaria: psicoanálisis y psicomotricidad en una técnica conjunta para el tratamiento de niños. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 109-124. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1633>

- Ponce de León, E. (2016). *Cuerpo y palabra en el abordaje psicoterapéutico de niños con dificultades severas de simbolización. Terapia psicomotriz con intervenciones psicoanalíticas*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. Biblioteca Complutense. <https://hdl.handle.net/20.500.14352/27403>
- Prat, R. (2025). *Tacto-Pulsión. La memoria de forma de nuestro psiquismo*. Innovación Editorial Lagares de México. <https://www.amazon.es/dp/BoFYP977W5>
- Reid, V., Dunn, K., Young, R. J., Amu, J., Donovan, T., & Reissland, N. (2017). The human fetus preferentially engages with face-like visual stimuli. *Current Biology*, 27(12), 1825-1828. <https://doi.org/10.1016/j.cub.2017.05.044>
- Righetti, P.-L. (1999). La vie psychique et émotionnelle du fœtus. *Le Carnet PSY*, (50).
- Roussillon, R. (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*. PUF.
- Roussillon, R. (2009). Associativity and nonverbal language. *Psychoanalysis in Europe*, (63), 157-175.
- Roussillon, R. (2013). Las simbolizaciones primarias y secundarias. *Revista de Psicoanálisis*, (69), 219-241.
- Stern, D. (1985). *Le monde interpersonnel du nourrisson*. PUF.
- Trevarthen, C. (1993). The self-born in intersubjectivity. An infant communicating. En U. Neisser (Ed.), *The Perceived Self. Ecological and Interpersonal Sources of Self-knowledge*. Cambridge University Press.
- Tronick, E. Z. (1989). Emotions and emotional communication in infants. *American Psychologist*, 44(2), 112-119. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.44.2.112>
- Tustin, F. (1987). *Estados autísticos en los niños*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1981).
- Wallon, H. (1964). *Los orígenes del carácter en el niño*. Lautaro. (Trabajo original publicado en 1934).
- Wallon, H. (1982). *De la psicomotricidad a la personalidad* (M. Sharrock, Trad.). Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1967).
- Winnicott, D. W. (1979). *La agresión en relación con el desarrollo emocional*. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia. (Trabajo original publicado en 1950).
- Winnicott, D. W. (1986). *Realidad y juego*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1972).
- Winnicott, D. W. (2012). *La mente y su relación con el psiquesoma*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 325-340). Espasa Calpe. (Trabajo original publicado en 1949).